



Los empujados. Migrando en la niñez y la adolescencia

Diana Zac
Isabel Mansione
Santiago Carballo*
Liliana Zuntini (colab.)

*Extrañamente el extranjero nos habita, es la cara oculta de nuestra identidad...
el extranjero comienza cuando surge la conciencia de mi diferencia
y termina cuando nos reconocemos todos extranjeros,
rebeldes a los lazos y a las comunidades*

Julia Kristeva, 1941

Resumen: Este artículo aborda las experiencias migratorias de niños y adolescentes, quienes migran sin decisión propia, enfrentando desarraigo, invisibilización y vulnerabilidad. A través de testimonios y datos, se analiza cómo la migración afecta su subjetividad, salud mental y adaptación cultural. La migración infantil se presenta como una experiencia compleja, marcada por pérdidas, silencios familiares y discriminación, pero también por procesos de reconstrucción identitaria.

Descriptores: Migración, Adolescencia, Niñez, Vulnerabilidad, Voz.

* Miembros del equipo Educreando©Binacional

Uno de los testimonios registrados, para no olvidar lo que sintieron:

“Yo no migré, me trajeron. En el verano me mandaban a la casa de mis abuelos. En el campo yo era libre, llevaba las ovejas a las montañas con otros niños pastores y había que resolver problemas y tomar decisiones. La ciudad no me gustaba y encontraba bobos a los niños porque no eran autónomos.” Esto decía Josefa que migró a los 12 años.

¿Por qué comenzamos con este testimonio? Porque cuando hablamos de migraciones, solemos representarnos en general adultos en busca de mejores condiciones de vida y que emigran por diferentes motivos, aunque todos se vinculan con el cuidado de la vida y el acceso a los DDHH en toda su amplitud: salud, trabajo, vivienda, estudios, felicidad. Quizás sabemos que vienen con hijos, al menos algunos, pero los niños y adolescentes se nombran solo en el entretejido de los discursos.

Según ACNUR, el 40% de los 43 millones de personas refugiadas y desplazadas en el mundo son menores de 18 años, muchos acompañan a sus familias, siendo parte de una experiencia marcada por la invisibilización y la existencia en contextos vulnerables.

En una investigación CAREF encontró que esta población proviene de las migraciones internas tanto como de las internacionales, desde larga data.

Algunos han llegado debido a guerras, conflictos armados, persecuciones, crisis sociales y políticas y violaciones masivas de derechos humanos, cuestiones que han impactado en ellos según su desarrollo ya que como sabemos depende de un contexto en el que tuvo lugar la crianza y donde la familia ha podido o no dar lugar a elaborar los efectos traumáticos por ejemplo de decisiones inesperadas y/o rápidas con el objetivo de huir de un exterminio.

Dos censos nacionales de población, distantes más cien años entre sí, nos muestran la presencia de la niñez migrante. En 1914, cuando la población rondaba los 8.000.000 de personas, vivían en el país alrededor de 285.000 niñas y niños que habían nacido en el extranjero. Eran casi el 12% de los 2.400.000 inmigrantes que residían en Argentina —un millón de los cuales habían arribado en los veinte años anteriores—. Poco más de un siglo más tarde, en 2022, habitaban el país 46.000.000 de personas, y la población migrante había descendido a 1.900.000 que representa el 4,2% de la población total.

En esta oportunidad, las niñas y los niños migrantes para esa fecha sumaban 116.000 (menos que en 2010, cuando eran cerca de 180.000). Ahora bien, el número no habla de la relación con el cumplimiento de los derechos ampliados. Si sabemos que teníamos una legislación de avanzada en el tema migraciones, hoy cuestionada desde nuevas políticas públicas, que crean inseguridad para la adquisición de la residencia permanente y reavivan ansiedades paranoides en la población migrante.

Nos preguntamos qué pasa con los equipos de salud y de educación ante niñas, niños y adolescentes migrantes, que son los más cercanos a su recepción y a conocer el estado de una subjetividad y afectividad, que sabemos no cesa en su producción. En nuestro propio rastreo de la representación de los migrantes en esos ámbitos observamos:

1.- falta de preparación en el ámbito educativo y aun de salud para considerar la “particular” situación subjetiva de la migrancia en el niño niña o adolescente que ingresa al sistema y que requiere de una perspectiva interseccional en el diagnóstico y abordaje

2.- destacamos la urgencia de garantizar dispositivos para escuchar sus voces y cuidar el cumplimiento de los derechos de la infancia porque en general la consulta llega a través de familiares o referentes afectivos y la legislación suele verse alterada por los cambios de gestión a nivel país.

3.- en la construcción cotidiana de la subjetividad es de suma importancia el status legal del migrante, siendo la población de las infancias y adolescencias la más vulnerabilizada, porque además de todas las situaciones que les ocurren a los migrantes en general, ellos pueden perder a los referentes adultos, por divorcios, muertes, cambios a otra ciudad, a otro barrio, donde muchas veces los adultos no toman los recaudos necesarios para que continúen la legalización por si ellos no pueden estar presentes.

4.- hemos registrado efectos en la salud física y mental de esta población

Una investigación radicada en el IUSAM abordó los procesos mentales no conscientes de los migrantes. A través de testimonios, emerge la categoría que llamamos “los empujados”: niños y adolescentes que migraron sin poder decidir, y que reviven esa experiencia con sentimientos de rencor y desarraigo. Algunos canalizan este dolor mediante el arte o vocaciones, otros conservan una sensación persistente de no haber sido escuchados o reconocidos.

El estudio también explora cómo estos jóvenes se adaptan a nuevas culturas. Alguno se sobre-adaptan, anulando su emocionalidad, por ejemplo en hacer del estudio una “carrera” para conseguir el lugar de ser el abanderado, un destacado miembro de un grupo social o político, etc., otros prefieren invisibilizarse por razones ligadas a la identidad del lugar de origen, como sucesos vergonzantes desde el punto de vista social y político. Asimismo están los que mantienen sus raíces mediante la endogamia más firme, sintiendo difícil la inserción en un mundo social más amplio en tanto también los hay que logran una integración desde vínculos enriquecedores con su comunidad de acogida.

En todo testimonio el recuerdo remite a representaciones personales atravesadas por la memoria colectiva. Presentamos a Juana y a Benedicta.

La historia de Juana se inscribe en un contexto marcado por la represión y la hambruna en la España franquista, donde la migración aparece como una respuesta familiar a la

necesidad de sobrevivir. Sin embargo, esta experiencia migratoria no estuvo exenta de conflictos identitarios, dolor y bronca, elementos que atraviesan todo su relato. Respecto a adaptarse contesta:

“No. Me resigné. Supongo que después la integración se dio muy bien a la vida de ciudad, pero con un enorme dolor y mucha rabia por lo perdido. Lo perdido suele cegar respecto de lo ganado. Y es imposible llegar a un acuerdo entre ambos sentimientos. Sentía cierta presión moral para que los emigrantes adoptaran la nacionalidad (por eso de estar agradecidos al país que los recibió con los brazos abiertos y les dio de comer), como una desvalorización de mi identidad, un mensaje disimulado de que ser española no era bueno, que lo mejor era ser argentino. Y esa percepción, falsa o no, hizo que me obstinara en NO nacionalizarme. NO quise ni quiero. Ser gallega es mi condición de nacimiento y tan mío como llamarme Juana”.

La entrevistada padece una hipoacusia de origen traumático, condición que define una parte significativa de su identidad. Este aspecto no es tematizado directamente en su discurso, sino que se desplaza simbólicamente hacia su identidad gallega y al proceso migratorio.

A lo largo de la entrevista, emerge de forma reiterada una sensación de pérdida que nos interpela: ¿Qué es lo perdido?

Migró con su madre, a edad temprana, con la intención de reunirse con su padre. Manifiesta que le resultó muy duro, sentía que perdía su cultura y sus afectos. Sus padres le inculcaban el esfuerzo para salir adelante y reconoce que eso a veces le molestaba pero le ayudó tanto a aceptar el sacrificio como a buscar sobresalir, como si los obstáculos la motivaran en vez de aplastarla, incluso superando una enfermedad que le dificultaba la vida social y el aprendizaje.

Vivió experimentando extrañeza durante muchos años en la tierra de arribo y confiesa que la elaboración de ese vacío le llevó mucho tiempo, en parte los exorcizó a través del arte, la escritura como sanación y recién con el nacimiento de sus nietos sintió que por fin, echaba raíces.

Sus recuerdos oscilan entre vivencias personales y reconstrucciones secundarias — narrativas heredadas de los padres más que experiencias propias— lo que genera una ambigüedad en el origen de los relatos. La bronca es una emoción dominante: bronca hacia sus padres por haberla traído, hacia el país que la expulsó, y hacia la sociedad que la recibió con burlas, prejuicios y bullying. En su trayectoria escolar, Juana construye una narrativa heroica: su rendimiento académico y su capacidad de enfrentar “los contenidos históricos donde los españoles aparecían como los malos que nos colonizaron”, o el

bullying, funcionan como forma de diferenciación positiva. Esta búsqueda de reconocimiento también puede leerse como un intento de equilibrar el estigma social con logros individuales.

La escritura aparece como un espacio sublimatorio. Su producción literaria, el libro *Aurora* quiere oír, no solo da cuenta de su experiencia de discapacidad, sino que convierte la bronca en palabra, la pérdida en producción simbólica. El gesto de narrar su historia representa una forma de resiliencia, de reapropiación de la propia voz. Aparece un “adentro” que remite a un sentido de pertenencia, estar “en casa” no importa dónde. El “afuera”, simboliza lo ajeno, el cambio abrupto, la alteridad. Esta dicotomía marca su subjetividad migrante y resignificada a lo largo de los años.

Otro testimonio, Benedicta: “Salí del Congo con ocho años.....pasamos por varios países de África durante 5 años y llegamos a Italia en barca...no me informaron de la partida...hemos escapado de improviso y yo me he sentido triste y rabiosa y aun lo estoy.....mama nos enseñaba, pues no íbamos a la escuela...llegamos a un centro de acogida y no nos querían porque éramos negros....salimos por la guerra aunque nunca supe porque mis padres eligieron Italia...en el Congo dejé a mi familia y eso me causó dolor porque perdí el cariño de mis abuelos maternos y a mis amigos y en el camino murió mi tío que era una persona importante para mí.... Aprendí el idioma italiano rápidamente en la escuela y ayudo a traducir a mis padres...en la escuela se burlaban porque decían que parecía un mono y me encerré dos días en mi habitación llorando”

Este testimonio se inscribe en una narrativa migratoria atravesada por la tristeza, el miedo y la rabia, pero también por matices de esperanza y adaptación. Su discurso evidencia el peso de las pérdidas acumuladas —la del abuelo, el tío, los amigos, e incluso la lengua materna—. La desinformación que aparece en su discurso puede ser leída como un mecanismo de defensa frente al exceso de realidad traumática, propio de muchos procesos migratorios infantiles donde lo no dicho o lo poco comprendido se convierte en un vacío lleno de intuiciones. En ese sentido, su narrativa da cuenta de memorias heredadas y vivencias propias, entrelazadas sin una clara delimitación temporal ni emocional.

El tema de la discriminación aparece de forma menos cruda pero igualmente significativa: el idioma, la ropa, el color de piel se convierten en marcadores de alteridad desde cómo es vista por el otro, un semejante que incomoda y discrimina. La experiencia de no haber asistido a la escuela durante la migración aparece como una ausencia cargada de sentido, indicadora de los límites que impone el contexto de movilidad forzada. Benedicta afirma que “había lugar para los chicos en Italia”, esto puede leerse como una expresión ambigua: por un lado, la esperanza de integración; por otro, la internalización de discursos sociales que invisibilizan la exclusión. Lo que Benedicta señala, quizás sin saberlo del todo,

es que el "lugar" que se le ofreció era condicionado, subordinado a la capacidad de adaptación y a los filtros de aceptación cultural.

Los niños o adolescentes son separados de dos mundos. El mundo real y el propio mundo emocional de su edad. El dolor del desarraigo se evidencia no sólo en partir y separarse de su vida cotidiana alejados de algunas cuestiones sociales o políticas, sino también en no comprender demasiado los motivos de la partida tanto porque los padres en algunos casos no pueden revelar todos los motivos por el peligro que conlleva para la supervivencia o porque su situación emotiva se los impide o consideran que es suficiente con arrastrar a los menores con ellos.

En ocasión de un encuentro de mujeres escritoras migrantes en la niñez o adolescencia, todas manifestaron su particular malestar al migrar y su necesidad de rescatar su propia memoria, indagar sobre su lugar de origen y comprender a sus padres que, con sus silencios y las palabras no dichas, intentaban proteger su propia identidad y la del país amado que hubo que abandonar.

Los que escriben hacen una resignificación de la trayectoria y el dolor en la que suelen combinar algo del camino de héroe que llora y cura, con la de su ser genuino al que necesitan rescatar de una experiencia que podríamos pensar como una especie de sepultamiento prematuro. Muchos migrantes encuentran en el arte formas de manifestarse y repararse y al mismo tiempo, enriquecen la cultura del país de arribo.

Isabel I. Mansione: Psicóloga y Profesora de psicología (UBA). Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Postítulo en Investigaciones Educativas, Universidad de Córdoba, Argentina. Maestría en Gestión de Proyectos Educativos, Universidad CAECE, Argentina. Psicoanalista especializada en tratamientos de niños y adolescentes, IPA. Docente e investigadora en Instituto Superior de Formación Docente Nro. 1 de Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Miembro de Educreando©Binacional con Italia. Coordinadora del Grupo de estudios Psicoanalistas en la Comunidad de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL). Directora de Comunidad de la Comisión Directiva de APdeBA. Investigadora del departamento de investigación del Instituto Universitario de Salud Mental (IUSAM).

Diana E. Zac: Médica (UBA). Especialista en Psiquiatría Asociación de Psiquiatras Argentinos (APSA). Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica de Bs As (APdeBA). Ex-Psiquiatra de Guardia, Hospital de Niños de Bs As "Dr. Ricardo Gutiérrez". Integrante del Capítulo de Interconsulta y Psiquiatría de Enlace de APSA. Miembro de Educreando©Binacional con Italia. Miembro del Grupo de estudios Psicoanalistas en la Comunidad de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL). Ex Directora de Comunidad de la Comisión Directiva de FEPAL. Investigadora del departamento de investigación del Instituto Universitario de Salud Mental (IUSAM).

Santiago Carballo: Psicólogo (UBA). Especialización en Niños y Adolescentes del Instituto Universitario de Salud Mental (IUSAM). Psicoanalista en formación de la Asociación Psicoanalítica de Bs As (APdeBA) cursando la Especialización en Psicoanálisis en IUSAM. Miembro de Educreando©Binacional con Italia Miembro del Grupo de estudios Psicoanalistas en la Comunidad de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL). Investigador del departamento de investigación del IUSAM. Trabaja con población con consumos problemáticos en Sedronar.

Os Expulsos: Migrando na Infância e na Adolescência

Resumo: Este artigo aborda as experiências migratórias de crianças e adolescentes que migram sem escolha, enfrentando o deslocamento, a invisibilidade e a vulnerabilidade. Por meio de depoimentos e dados, analisa-se como a migração afeta sua subjetividade, saúde mental e adaptação cultural. A migração na infância é apresentada como uma experiência complexa, marcada por perdas, silêncio familiar e discriminação, mas também por processos de reconstrução identitária.

Descritores: Migração, Adolescência, Infância, Vulnerabilidade, Voz.

The Pushed Out: Migrating in Childhood and Adolescence

Abstract: This article addresses the migration experiences of children and adolescents who migrate through no choice, facing displacement, invisibility, and vulnerability. Through testimonies and data, it analyzes how migration affects their subjectivity, mental health, and cultural adaptation. Childhood migration is presented as a complex experience, marked by loss, family silence, and discrimination, but also by processes of identity reconstruction.

Descriptors: Migration, Adolescence, Childhood, Vulnerability, Voice.